C. FRONTAURA

LANCES DE LA VIDA

A-1336

ABOGADO
GERONA

R/39570

LANCES DE LA VIDA

IMPRENTA Y LIBRERIA DE P. TORRES GERONA

OBRAS DEL AUTOR

TEATRO

ZARZUELAS

Un caballero particular, un acto.
El hijo de D. José, íd.
Céfiro y Flora, íd.
Doña Mariquita, íd.
Un primo, íd.
Los conspiradores, íd.
El corneta, íd.
El hombre feliz, íd.
El duende del mesón, íd.
El caballo blanco, íd.
En las astas del toro, íd.
Los pecados capitales, íd.
Campanone, tres actos.
El elixir de amor, íd.
Giralda ó el marido misterioso, íd.
¿Eran dos? Pues ya son tres. ídem.
La señora del sombrero, cinco actos.
La circasiana, tres íd.
Matilde y Malek Adhel, íd.
El Maestro de Ocaña. íd.
De incógnito, dos actos.
El mudo, íd.

COMEDIAS

El velo de encaje.
El hijo de la Alpujarra.
El filántropo.
El novio de China.
Los criados.
Los hijos de su madre.
¡Desde el cielo!
Por dinero baila el perro.
Pepe Carranza.
El ahorro.
Las tres Rosas.

NOVELAS

* Brígida.
* La doncella del piso segundo
* El hijo del sacristán, 2 tomos.
Las madres (segunda edición).
* Doce maridos.
* La maldita vanidad.
* Mano de ángel (2.ª edición).
El rigor de las desdichas, 2 tomos.
López y su mujer (2.ª edición).
Lances de la vida.
Venturas y desventuras de Rosita.

OBRAS VARIAS

* Caricaturas y retratos.
* Viaje cómico á la Exposición de París.
* Galería de matrimonios.
* Cosas de Madrid.
* Romances populares.
* Historias tristes.
* El caballo blanco, memorias de un empresario.
* Horas perdidas, poesías.
Un ramo de violetas.
* Los niños, 14 tomos.
Las tiendas (4.ª edición).
Cuadros infantiles.
Cuadros y semblanzas infantiles.

EN PRENSA

LOS SERMONES DE DOÑA PAQUITA

Las señaladas con * están agotadas.

CARLOS FRONTAURA

LANCES DE LA VIDA

El paraíso de Villasanta. — Un premio de la lotería.—La bofetada.—La Condesa y la Marquesa.—Las andaluzas.—La sequía.—¡Qué hombres! — Como en familia.—Las señoritas cursis.—La calumnia.—El amigo del tranvía.—Las dos amigas.—Recuerdo de Carnaval.—Los empleados.—Los cesantes.

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle de Cedaceros, núm. 11
—
1887

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que previene la ley.

EL PARAÍSO DE VILLASANTA

I

Consejo de familia.

Pues como os digo, estoy harto de este Madrid, que para mí, desde que no voy á la oficina no tiene atractivo ninguno, y además me persuado de que, viviendo en Madrid, he de gastar cuanto tengo, sin ahorrar un cuarto, porque cada año se hace aquí más cara la vida.

—Eso es verdad, que va la muchacha á la plaza con dos duros cada mañana, y el día que menos gasta me devuelve un real ó dos, y lo regular es que le falte una peseta ó cinco reales.

—Pues ya ves si tengo razón. ¿Y el casero? Treinta duros todos los meses por un cuarto tercero en la calle de la Salud... ¡Valiente salud puede uno gozar subiendo dos ó tres veces al día ochenta escalones, viviendo en estas habitaciones tan estrechas, y expuesto siempre á coger un aire colado en cuanto se abre la ven-

tana del patio sin cuidar de cerrar antes el balcón del gabinete!...

—Sí, buen catarro he tenido yo todo el invierno.

—Y el año pasado Luisa la pulmonía, que milagro es que la veamos ahora sentada aquí con nosotros.

—Tienes razón; me estremezco cuando lo recuerdo.

—Pues hijo, tú eres el que dispone y manda. Yo apenas me acuerdo de Villasanta; como salí de allí tan niña y no he vuelto, pero tú has estado varias veces y debes saber bien si se vive regularmente en nuestro pueblo.

—Ya lo creo. No os vayáis á figurar que es un villorrio. Es una población muy bonita, con un paseo precioso y una fuente en medio, y unas acacias que en verano son lo que hay que ver. Hay tres iglesias y un convento de monjas Claras, y se hacen allí unas procesiones por Mayo, que de toda la provincia va gente el día de la función, y unos bizcochos que llaman maimones que no hay cosa mejor para el chocolate. En cuanto á alimentos, no hay en ninguna parte leche como la de aquellas cabras, que todo el día están en el monte, y por la noche las traen y da gusto de ver los cántaros de leche que se venden en la plaza de Rompepiés, que así la llaman por lo mal empedrada que está... Pero no os figuréis que toda la ciudad está mal de

empedrado. Las calles tienen sus aceras, no tan anchas como en Madrid, pero vamos, lo suficiente para poder andar cómodamente.

—Pero en Villasanta no habrá reuniones, papá, no habrá más que paletos, ¿verdad?

—Chica, ¿no os he dicho que es una ciudad y no un villorrio? Paletos no hay allí; lo que hay es muchísimo lujo. En el Casino cada lunes y cada martes hay baile de confianza, y allí veréis boato y todo cuento. La última vez que fuí á Villasanta, cuando se murió mi encargado de cobrar la renta, me hicieron ir á un baile que dieron en el Casino, y estaba aquello que parecía propiamente un baile de palacio. ¡Qué vestidos de seda y de terciopelo arrastrando! ¡Qué guantes hasta el codo con una hilera de botones relucientes! ¡Qué collares y qué aderezos!... ¿Y ellos? Había muchachos finísimos, vestidos como unos diputados en día de apertura de Cortes, con sus fraques, sus chalecos blancos, sus sombreros de esos que se encogen y se estiran... ¡Como que en Villasanta viven muchas familias principales! Allí está el marqués de Casa-Gómez, que tiene cinco hijos de su primera mujer, dos varones y tres hembras, una casa poderosa, donde recuerdo que decía mi padre que en tiempo de la primera guerra civil era tanto el dinero que había que hubo necesidad de apuntalarla, y el dinero no se contaba, se pesaba para abreviar. Fué el padre del mar-

qués contratista de provisiones para el ejército, el hombre más listo que ha nacido, y otro calificativo nada honroso le aplicaban malas lenguas, de envidiosos, sin duda. En Villasanta viven también las que llaman las del Senador, que son la viuda y las cuñadas de D. Froilán Díez de la Perejila, que fué senador hasta 1868, y cuando vino la revolución se retiró á Villasanta, y allí se murió de rabia, es decir de rabia de no poder, como él decía, poner en la ciudad una horca en cada calle. Era un hombre de un genio atroz. Ya veréis á su señora; cuando se casó con él contaba veinte años menos que D. Froilán, pero él la tenía metida en un puño, y todavía es joven, y más jóvenes sus hermanas, y figuráos si habrá allí lujo, que las del Senador, los vestidos, los sombreros, los encajes, todo lo traen de Bayona, á donde van todos los veranos. Allí tenéis también al coronel Rebenque; no sirve ya en el ejército, porque fué un año á los baños de Spá y encontró una polaca que se enamoró de él y se casaron y se vinieron á Villasanta, donde el coronel tenía y tiene su casa solariega, y no han vuelto á salir de la ciudad. En fin, hay mucha gente principal, no faltan diversiones, y como dicen las del Senador, aquello es una corte en pequeño. Y en cuanto á buena salud, con deciros que mi abuelo murió de ciento cinco años, sin haber tenido un dolor de cabeza, y mi padre de noventa y ocho

cumplidos, y el día antes de morir había andado tres leguas y cazado quince pares de codornices, podéis apreciar si será aquello sano.

—Bueno, bueno. Pues no hay más que hablar, vamos á Villasanta. Las chicas lo mismo pueden casarse allí que en Madrid.

—No, lo mismo no, mejor. ¿Vosotras no tendréis novio?

—Ahora no, papá.

—Es una ventaja. Así no os cuesta trabajo dejar este Madrid, donde todo es falacia cortesana, egoísmo y poca vergüenza. Yo estoy jubilado con mis veinte mil reales de haber, que no me los puede quitar nadie, es decir, á no ser que venga el diluvio, como dice mi compañero D. Camilo desde que se ha hecho republicano, y con esos veinte mil, y seis mil lo menos que puedo sacar á mis fincas en término de Villasanta, siendo yo mi propio administrador, y los cuponcillos del papel que compré cuando andaba casi tirado, antes de la restauración, reuniremos unos cuarenta mil reales de renta y podré ahorrar todos los años veinte lo menos. Esto no lo podemos hacer en Madrid, donde hasta ahora hemos venido gastando todos los años los ingresos, y en algunos á éstos han superado los gastos. Ansia tengo, mujer mía, hijas nuestras, de vivir tranquilamente, de no oir hablar de política, de no verme en apuros y en necesidad de pedir alguna que otra suma adelantada á

cuenta de la renta, de respirar el aire puro de aquel delicioso valle y de aquella orilla del caudaloso río, y de estar, en fin, á mis anchas, vestido como quiera y calzado con alpargatas ó zapatillas, desterrando estas horribles botas que me atormentan, haciendo lo que me dé la real gana, libre, feliz é independiente como el cartaginés, digo, como España antes de abrirse al cartaginés incautamente.

—¿Y yo, papá?...

—Tú, querido Antonio, trasladarás la matrícula á la Universidad de Valladolid, que no está lejos de Villasanta, y allí acabarás tu carrera de abogado, y en concluyéndola, poco habré de poder si no logro que seas diputado perpetuo por Villasanta.

—¡Oh! Sí, sí, me gusta el plan.

—Ya lo creo. A ver si vuelve á haber un ministro en nuestra familia.

—¿Hubo ya alguno, papá?

—Sí, pero nosotros no le hemos conocido, porque floreció en el siglo XVI. Ya tendrás ocasión, hijo, de ver todos nuestros papeles, y por ellos comprenderás que nuestra familia fué de las más ilustres. En Villasanta, en la parroquia de Santa Coleta, que es donde está el archivo, he de buscar más antecedentes; y ¿quién sabe si hallaré coyuntura por donde hacer alguna reclamación de intereses al Estado?... Porque mi familia tiene de antiguo muchos privilegios,

capellanías, juros y donaciones reales, que bueno sería averiguar cómo y cuándo han caducado. El marqués de Casa-Gómez le sacó muchas talegas al Tesoro, á fuerza de rebuscar papeles viejos, que, vendidos al peso, no hubieran dado por ellos dos reales.

—¿Y cuándo es el viaje, Serafín?

—Pues lo más pronto que se pueda, mujer. Antes he de ir á ver en qué estado se halla la casa que allí poseo y donde hemos de vivir; la casa de mis abuelos, arrendada ahora para las oficinas del batallón de la reserva, y cuyo arriendo concluye este mes. Necesitaré que se hagan algunas reparaciones. Aquello es un palacio, con dos patios, bodega, lagares, horno, huerta, jardín, granero, corrales, cuadras...

—¿Tendremos coche, papá?

—Sí, no faltará quien me venda un coche de lance, y con poco se sostiene, porque las mulas serán las mismas de la labor... A los animales hay que hacerles trabajar, porque si no trabajan se vician y no se puede con ellos.

—¡Qué gusto vivir en una casa propia!...

—¡Oh! es una gran ventaja.

—Sin este fisgoneo de la vecindad, que se entera de todo, y sabe lo que comemos, lo que entramos y salimos y si viene gente á casa ó si no viene un alma.

—Allí, completa independencia.

—Oye, Serafín, ¿y estaremos allí seguros?

—¡Oh! ya lo creo. Tú no te acuerdas, pero antes nadie cerraba las puertas de las casas, y no había ejemplo de que faltase un alfiler. Ahora será lo mismo, poco más ó menos. No hay ningún cuidado.

—Sin embargo, nosotros la cerraremos, si te parece.

—Haremos lo que hagan los demás. Otra vez os digo que no creáis que Villasanta es un pueblo de cuatro vecinos. Tiene diez mil almas, guardia civil, el cuadro del batallón de reserva, la sección de la remonta de caballería, administración de estancadas, estación telegráfica, un inspector y dos agentes de orden público, serenos, alguaciles, una corte en pequeño, como os he dicho.

—Nada, pues á Villasanta.

—¿Lo aprobáis?...

—Sí, sí.

—¿Vas con gusto, esposa mía?...

—Sí, puesto que tan ventajoso será, según dices, vivir en ese pueblo.

—Ciudad, mujer, ciudad desde que estuvo allí Carlos II con tercianas, según lo reza la historia.

—¡Jesús! ¿Hay tercianas?

—No, mujer, le dieron en el camino, porque por eso entró en Villasanta, y tuvo que guardar cama para curárselas, y ya veréis la casa donde estuvo, que era la del paje de S. M., el con-

de de la Tenaza, que iba con él, y ahora es el mesón de la Tenaza, en memoria del ilustre dueño.

—Pues no hay más que hablar. Nos vamos á Villasanta.

—¿Estás conforme, Luisita?

—Ya lo creo.

—¿Y tú, Purita?

—Sí, papá.

—Os consulto para que no digáis que soy un padre de familia tiránico y absoluto.

—Todos estamos conformes, papá. Y yo á Valladolid á concluir la carrera.

—Eso es.

—Y á ser diputado luego por Villasanta.

—Eso lo iré yo preparando diplomáticamente cuando llegue la ocasión. Tú, mujer, y vosotras, niñas, á prepararlo todo para la traslación. Yo iré el sábado á Villasanta y estaré un par de días, y dentro de veinte ó treinta podremos marchar todos, enviando los muebles por delante en pequeña velocidad para que lleguen al mismo tiempo que nosotros. Me felicito de vuestra conformidad, y creo resuelto el problema de que gocemos una existencia tranquila, apacible, en medio de aquella pureza de costumbres de Villasanta, en trato íntimo con personas que no conocen siquiera todas estas pasiones que se agitan en este Madrid, donde no se sabe ya quién es amigo y quién enemigo, don-

de cada cual va á su negocio, aunque sea con perjuicio del prójimo; donde la vida cuesta un sentido; donde tienen su asiento la vanidad, la soberbia y todo engaño y toda liviandad; donde todo es tramoya, disipación y canto flamenco; donde veo ministros á los que fueron mis subalternos; á los que estudiaron conmigo y siempre eran reprobados, ocupando ahora altísimos puestos, y á los que no tenían una peseta ni oficio ni beneficio, desempedrando las calles en magníficos trenes, que nadie sabe por qué artes mágicas han logrado tan repentina fortuna... En esta Babel, nosotros ¿qué papel haremos? Ninguno. Pues en Villasanta seremos una de las principales familias, y no se nos negará la consideración que merecemos, y vosotras, niñas, os casaréis con los más ricos, y tú, mujer mía, serás la reina de la ciudad. He dicho. Se acabó el consejo de familia.

II

La familia de Bueno y Malo.

Don Serafín Bueno y Malo, que así se llamaba, por alianza de la familia de los Buenos con la de los Malos, de Villasanta, de cuyas familias no quedaban ya más que D. Serafín y su mujer, que era también su prima, y los hijos de su matrimonio, era uno de esos empleados beneméritos, de que hay pocos ejemplares, que por sus pasos contados había ascendido en su carrera, sin saber, por milagro, lo que era la cesantía, hasta una categoría superior, obteniendo de esta suerte las condiciones exigidas por la ley para la más ventajosa jubilación. No pensaba jubilarse D. Serafín, pero entró en el gabinete un ministro reformista, y el antiguo empleado, ajeno á la política, fué invitado cortesmente á presentar la dimisión.

Don Serafín no entendía que un empleado que cumplía con su deber, mandasen estos ó

los otros, debía en ningún caso abandonar su destino, y desabridamente contestó que si se le quería echar á la calle, podía hacerlo el ministro abusando de sus facultades, pero que irse él voluntariamente no lo haría en manera alguna. Y el ministro, en efecto, lo echó á la calle, declarándole cesante, sin la coletilla de quedar S. M. satisfecho de su celo é inteligencia; notoria injusticia, porque ambas cualidades había demostrado en el desempeño de los destinos que sirvió y una probidad ejemplar, habiendo manejado cientos de millones del Estado en su larga carrera.

Herido el excelente funcionario, profundamente afectado de que así se premiaran sus servicios, renunció á volver á servir al Estado, y pidió la jubilación, á la que dábanle derecho sus largos años de carrera. Pero fuera de su empleo, obligado á holgar teniendo el hábito del trabajo, acometióle abrumadora nostalgia, y conoció el hombre que si se abandonaba á su tristeza podría comprometer gravemente su salud, ya quebrantada, y por esto pensó mudar de residencia, salir de Madrid, donde le enojaba todo lo que veía ú oía, y después de bien madurado su proyecto le comunicó á su familia en la forma que ha visto el lector.

Y grande fué su satisfacción por haber sido tan favorablemente acogido su proyecto, porque en caso contrario habría renunciado á realizar-

lo, siendo como era el bueno de D. Serafín Bueno, marido por todo extremo benévolo y complaciente y padre cariñosísimo.

Pero así su mujer como sus hijas y su hijo tenían razones para mostrar conformidad completa con la feliz idea del jefe de la familia.

Doña Francisca Malo de Bueno, prima y esposa de D. Serafín, sentía también enojoso malestar y constante desazón desde que á su marido le habían quitado de una plumada el empleo. Ella consideraba como suyo el empleo de su compañero, y quitársele á éste era quitársele á ella; y de tal suerte le preocupaba el suceso, que salía á la calle y creía que la miraban con lástima las gentes compasivas y con burlona insolencia las envidiosas, como gozándose en su contratiempo. Había ocurrido que el día siguiente al en que apareció el decreto en la *Gaceta*, los proveedores de los artículos de comer, beber y arder, como si se hubiesen puesto de acuerdo, habían ído de mañana á presentar las cuentas respectivas, hecho casual, pero que hizo creer á doña Francisca que ya, por haber sido declarado cesante su marido, el comercio le retiraba su confianza y los proveedores acudían á cobrar antes de que se acabase el dinero en aquella casa. También había coincidido la cesantía con la notificación que el casero había hecho á doña Francisca, por no hallarse en casa D. Serafín, de que en lo sucesivo el alquiler

mensual de la habitación subiría cien reales más, con motivo de haberse hecho alguna obra en la finca y colocado fuentes en los cuartos.

El casero no pudo, por más que hizo, disuadir á doña Francisca de la idea de que subía el precio del alquiler para que D. Serafín dejase la habitación, y tuvo que sufrir buena copia de frases duras con que la mujer del cesante le apostrofó, suponiendo que desconfiaba de la puntualidad en los pagos mensuales. Y tan ajeno estaba el dueño de la finca de semejante pensamiento, que manifestó á doña Francisca que, para convencerla de su error, renunciaba al proyectado aumento de precio, galantería á que contestó la airada señora:

—Aunque nos quiera usted dar de balde la casa y dinero encima, la dejaremos.

Tenían doña Francisca y sus niñas unas amigas íntimas, mujer é hijas de otro empleado que, por ser amigo del nuevo ministro fué ascendido, y la buena señora no tuvo abnegación bastante para no calificar duramente delante de sus amigas al ministro que cometió con D. Serafín tan grande injusticia; y sus amigas, que tampoco eran discretas, quisieron defenderle, y tales elogios, á fuer de agradecidas, hicieron del tacto, del talento, de la bondad, de la rectitud del nuevo consejero de la Corona, que en aquel punto doña Francisca y sus hijas rompieron con sus amigas de toda la vida, y dijeron los vecinos

que las dos madres y las cuatro hijas se habían dicho á voces las más grandes injurias. Y así debió ser porque doña Francisca sufrió un arrebato tan fuerte, que el médico, á quien hubo de llamarse, le calificó de principio de congestión cerebral.

Como tenían D. Serafín y su mujer tantos conocimientos, fueron bastantes las personas que les visitaron al saber la cesantía, y doña Francisca dió en pensar que muchas iban á gozarse en su daño y otras á curiosear, y volábase, como ella decía, cuando le preguntaban:—«Pero, ¿cómo ha sido eso?—¿Qué ha pasado? —¿Por qué ha hecho eso el ministro? —Ustedes estarían tan ajenos ¿verdad? —Y ahora, ¿qué van ustedes á hacer?...»—Doña Francisca tenía que hacerse gran violencia para no decir una fresca á cada una de las preguntonas, porque, regularmente, las mujeres eran las que preguntaban, pero contestaba desabrida, y claramente dejaba ver el despecho y la indignación de que estaba poseída.

De suerte que para doña Francisca era un gran consuelo y el único remedio la salida de Madrid, después de haber roto con sus íntimas amigas, de haberse enfriado notablemente sus relaciones con la vecindad, con el casero, con los proveedores que surtían su despensa, con todo Madrid, porque doña Francisca no se explicaba como todo Madrid no había protestado enérgi-

camente del atropello cometido por un ministro ignorante y osado contra uno de los funcionarios más probos, más útiles y más antiguos, como D. Serafín, á quien más de doscientos ministros anteriores habían respetado, haciendo justicia á sus grandes méritos administrativos.

Las hijas, Luisita y Purita, que tenían veinte años la primera y dieciocho y medio la segunda, eran unas chicas como tantas que hay en Madrid, unas chicas guapitas, bien aderezadas y compuestas, que daba gusto verlas en las mañanas de Mayo en el Retiro, y en misa de doce, en San José, los días festivos, y en Recoletos por las tardes paseando con aquellas amiguitas íntimas con quienes rompieron luego, siguiendo el ejemplo de las madres respectivas.

Luisita y Purita eran, pues, unas chicas muy estimables por sus cualidades físicas y morales, y si cada una hubiese contado con dote de un millón ó dos, seguramente habrían sido solicitadas por algunos buenos mozos, pero hijas de un empleado que gozaba reputación de estóica rectitud, nadie suponía que las muchachas contaran con otro aliciente que el de aquellas cualidades. Algún que otro joven inexperto miró con afición á Luisita; por ejemplo, un alférez de infantería; cierto joven, aspirante á auxiliar quinto de la Deuda, con 5.000 reales, se enamoró locamente de Purita y le escribió cartas en verso que contenían poesías de nuestros

primeros poetas, firmadas por él, sin duda porque suponía á la niña de sus pensamientos poco versada en literatura, y consideraba que, aunque le dedicara todas las poesías de Zorrilla y de D. Alberto Lista, jamás conocería el descarado plagio la favorecida. Y así habría sido, en efecto, si Purita no hubiese cometido la indiscreción de enseñar alguna de aquellas inspiradas composiciones amatorias á una de sus amigas, que más literata, puso ante los ojos de la novia del aspirante á su amor y á auxiliar quinto de la Deuda, un libro en el que pudo leer no sólo aquella delicada poesía, sino otras muchas de las que el joven incauto decía que improvisaba para apoderarse del sensible corazón de la hija menor de D. Serafín.

Purita cogió todas las cartas del aspirante, y cuando éste, al anochecer, como todos los días pasó por la acera de enfrente mirando al balcón de su amada, ésta le arrojó atado con un bramante, el paquete que contenía aquellas tiernas poesías y el retrato del autor, que se había hecho fotografiar en pie, de frac, con el pelo rizado y la rayita en medio, con un papel en la mano, en actitud de leer ó declamar.

Y el grandísimo estúpido había hecho poner en la alfombra, esparcidos á sus pies, libros en que se leían en letras microscópicas, Calderón, Fray Luis, Cervantes, Espronceda, Zorrilla, etc., etc.

Si cuando era un alto funcionario el padre de las chicas, éstas habían logrado solamente fijar la atención de un alférez triste y de un tristísimo aspirante á auxiliar quinto, ahora que el padre había pasado al montón de las beneméritas clases pasivas, ¿qué proporciones ventajosas de casamiento podían prometerse Luisita y Pura en este Madrid donde son de tan difícil salida las muchachas que no tienen fortuna?

Otra cosa sería en la nueva residencia á donde se proponía llevarlas su padre. Allí serían ellas las más bonitas y sobre todo las más elegantes; allí ocuparían el primer lugar en las reuniones y harían gala, Luisita de su habilidad en tocar el piano, y Purita de la voz de contralto con que valiente acometía los más complicados ejercicios de agilidad, interpretando corregidas y aumentadas, las más bellas páginas musicales de Gounod, Meyerbeer, Rossini, y Offembach. Allí, no había duda, rendirían con sus encantos y exquisita distinción los corazones de los dos jóvenes más ricos de la comarca, y acaso volverían de Villasanta casadas á Madrid á hacer ostentación de su triunfo, con lo cual se morirían de envidia sus antiguas amigas, y de celos y desesperación el triste alférez y el desvergonzado poeta huero.

He aquí por qué las chicas se conformaban con el pensamiento del Sr. D. Serafín y con ver-

dadero apresuramiento pusieron manos á la obra de arreglar sus vestidos, adicionándoles faldas, cuerpos y túnicas, con objeto de presentar en Villasanta una variada colección de trajes de moda, que ellas serían las que la impusieran en aquella culta sociedad de buen tono, como acostumbradas al gusto cortesano, y prácticas en todo cuanto pudiera referirse al adorno y atavío del bello sexo. Una gran serie de triunfos y satisfacciones del amor propio les esperaba, en su sentir, en Villasanta, y ya contaban con impaciencia los días que habían de tardar en hacer su entrada en la ciudad y su aparición en el primer baile que se diera en el casino, que, indudablemente se daría en su obsequio, porque según decía D. Serafín, la junta del casino componíase de la juventud dorada de Villasanta, y esta juventud era por extremo galante con el bello sexo.

Antonio, el hijo de D. Serafín, era un joven de veintidos años cumplidos, estudiante de derecho, algo retrasado en sus estudios por haber

co, López, Olózaga, Ayala, y tantos otros oradores de universal reputación.

Acogió, pues, con gran satisfacción el propósito de su padre, holgóse mucho de ir á vivir solo, en Valladolid, y parecióle en extremo acertado el plan de D. Serafín de prepararle el distrito de Villasanta para que le eligiera diputado en tiempo oportuno. Precisamente, el que á la sazón era diputado por dicho distrito, podría vivir, á lo sumo, los tres años que á Antonio le faltaban para la edad reglamentaria, porque el pobre padecía una enfermedad de la laringe, y el médico que le asistía en Madrid, amigo de D. Serafín, había dicho que el enfermo podría ir tirando dos ó tres años, pero la enfermedad acabaría tirándole al hoyo.

Como por encanto varió el aspecto de la casa de D. Serafín y todo fué júbilo en la familia del jubilado.

Doña Francisca, mujer de su casa, pulcra y cuidadosa, dedicóse á recoger todo lo que había de trasladarse á Villasanta; colocó en cajones llenos de paja la loza y la cristalería, descolgó colgaduras, quitó visillos, enfundó las sillas, envolvió en mantas los espejos, y los cuadros, separó los muebles viejos y derrengados y todo linaje de efectos inútiles para venderlos, dirigió la recomposición de los colchones y el embalaje de los muebles en buen uso, llenó de ropa los mundos y los cofres, preservándola con alcan-

for de toda contingencia, ayudó á las chicas en la confección y compostura de los trajes de baile, de visita, de paseo, de casa y de viaje, que habían de producir gran efecto, á no dudar, entre la aristocracia de Villasanta, y todo lo previno, y todo lo arregló con notable acierto para que nada hubiera que hacer á última hora.

Las chicas, además del arreglo de sus trajes, ocupáronse en recoger las flores contrahechas, los encajes, los pedazos de tela, los sombreros armados, las armaduras peladas de sombreros, las cintas, los imperdibles, las alhajillas con que solían adornar sus manos, sus cabellos, el pecho, la garganta y las orejas, y un sinnúmero de baratijas de oro, de doublé, de plata, de cautchouc, de acero, de níkel, de nácar, de hueso, y todo lo metieron en cajas que habían servido para dulces, en otras que habían contenido brevas de Cabañas, Londres de Zumalacárregui y entreactos de Espartero, y registraron todos los rincones para que nada se olvidara de tantas ballenas, hebillas, botones, puntillas, carretes, guantes, mitones, ovillos, frasquitos, tarros, peines, flechas, rizos, puños, cuellos, trozos de crochet é infinidad de cosas más, todas útiles y necesarias y todas revueltas en el mayor desorden en cajones y canastillas.

Don Serafín estuvo cuatro días en Villasanta, visitó su casa, que desocuparía seguidamente el cuadro del batallón de la reserva, dispuso las

reparaciones que habían de hacerse, y anunció su próximo establecimiento en aquella ciudad con su familia, noticia que causó la mayor satisfacción en todos los círculos, porque todo aquel vecindario había estimado siempre á don Serafín como uno de los hijos predilectos de Villasanta, sabiendo sus grandes servicios, y sobre todo, su honradez acrisolada en tantos años de manejar los fondos del Tesoro público. Además, de antiguo eran gloria de aquella ciudad las familias de los Buenos y los Malos, en las que contaba la crónica que hubo ilustres capitanes,—un tío de D. Serafín lo había sido de realistas,—grandes estadistas, algún príncipe de la Iglesia, un ministro en el siglo XVI, que lo mismo pudo ser gobernante del Estado ó corchete del corregimiento, varios regidores perpetuos, un abad mitrado, una superiora de las comendadoras, un virey y varios mártires de la libertad. ¿Cómo no habían de ser recibidos con júbilo por todos los naturales de Villasanta, D. Serafín Bueno y doña Francisca Malo, representantes de familias, que habían dado en lo antiguo gran importancia y notorio prestigio á la villa, que Carlos II hizo ciudad por un movimiento espontáneo de su real munificencia?...

En la Iglesia de Santa Coleta, aún se leía en algunas piedras el nombre de Bueno, que allí estaba sepultado junto á Malo, y así en las sepulturas de los Buenos como en las de los Ma-

los, todavía, á pesar de los estragos que habían hecho el tiempo y las pisadas de diez generaciones, se podía distinguir el contorno de un casco, el pico de un águila ó la garra de un león, señales todas de la egregia prosapia de los Malos y los Buenos.

El cura de la Iglesia dió á D. Serafín noticia de aquellos Malos y Buenos, sepultados en el templo, y el jubilado visitó con emoción las piedras venerandas, orando sobre ellas, y haciendo filosóficas reflexiones sobre [illegible]

poca vergüenza, Dios me perdone, lo han sido
y no se [illegible]
de ti, al verte tan [illegible]
a sus órdenes. Hay que hacerse va
no hacé por si
como te has quedado tú, que gracias á tus
de servicio, te queda
haber perdido la pistola y la salud y al pobre
mor y recibiendo [illegible]
pero ya no tiene remedio, y no hay que
pensar en pelear en [illegible]; pero te lo
repito, no te apures
nosotros despidamos para nuestras *posesiones:*
siquiera tengo el consuelo de que
á alguno y á
alguna, que se
nos vendían como muy amigos
les ha de saber á cuerno quemado ver
estamos como acaso
querían vernos [illegible]
tapo atrás y otro delante, comiéndonos de ham

IV

Instalación en Villasanta.

La casa de D. Serafín está situada precisamente á la entrada de una de las varias puertas de la ciudad, que todavía conserva sus murallas, no por su utilidad, sino por su importancia histórica.

En la muralla misma está la casa, cuyos muros presentan igual color que los sillares de esta vetusta fortaleza, excepto en la portada, que el padre de D. Serafín, con un gusto artístico deplorable, hizo blanquear, dando de esta suerte el más singular aspecto al escudo de armas que campea sobre la puerta, á las cariátides, rosetones, emblemas y alegorías que la decoran, y revelan la respetable antigüedad de aquella mansión, que debió ser acaso la del gobernador de tan bien defendida plaza de guerra, personaje de gran cuenta y de los de horca y cuchillo.

El portal está empedrado, y también le blan-

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Comunidad de Madrid

queó el padre de D. Serafín, destruyendo el precioso artesonado de la techumbre; es ancho y tiene alrededor, no bancos á la moderna, sino sillares salientes, que sirvieron, sin duda, de asiento y acaso de lecho, á los hombres de armas, en la época en que la vetusta ciudad era frecuentemente acometida de aleves enemigos, y no cesaba un punto la vigilancia de los defensores, y frente á la gruesa puerta principal, hay otra puerta más pequeña pero no menos gruesa, que da paso al patio, un patio espacioso con profusión de esbeltas columnas de piedra caliza, que sostienen la galería superior, á la que da ascenso una ancha y bien trazada escalera.

—¡Jesús! ¡Esto es un palacio!—exclamó doña Francisca al entrar en la casa de su marido.

—Pues, ¿qué creías?—dijo éste.—Nuestra casa es la primera de Villasanta.

Y era verdad, porque entrando en la ciudad por el portillo abierto en la muralla, era la primera que se encontraba á la derecha.

Doña Francisca y las chicas y el chico, quedaron realmente encantados de la casa-palacio. Todo lo recorrieron minuciosamente, eligieron las habitaciones que habían de ocupar, muy satisfechas las chicas de tener cada una su departamento para sí, con su salón, su gabinete, su alcoba, su ropero, su tocador, como si cada una tuviese una casa entera.

No se cansaban de admirar aquella serie de

salones seguidos, que daban á la casa semejanza con un palacio real, aquella elevación de techos, aquellas altas rejas, aquella grandiosidad del edificio todo, y sentían no haber venido antes á ocupar una residencia que era propia de su gloriosa estirpe.

En Madrid, ¿quién reparaba en doña Francisca y sus hijas? Nadie; y nadie sospechaba seguramente, cuando las veía salir de misa de San José, que aquellas mujeres modestamente vestidas, eran casi casi unas señoras feudales, dueñas de un palacio almenado en el que acaso almorzó el Cid y merendó Isabel la Católica.

Don Serafín sentía la mayor alegría viendo á su mujer y sus hijas tan entusiasmadas con la nueva casa. Había creído que les sería duro renunciar á la vida de Madrid y no había contado con la vanidad de la excelente esposa y las inexpertas muchachas, que, en viéndose en Villasanta, en aquel palacio antiguo, dieron en creer que eran principalísimas personas é imaginaron que les esperaba larga serie de triunfos y satisfacciones para su amor propio.

Distribuyéronse las habitaciones, se colocaron los muebles y se advirtió que, después de colocados todos, la casa parecía desalquilada, como que en solo dos salones cabían holgadamente los que habían llevado de su piso tercero de la calle de la Salud. Esta fué la primera contrariedad; pero todo se arreglaba comprando

otros muebles. Precisamente en la plaza tenía una tienda de ellos muy bien surtida el señor Lorenzo, un hombre muy vividor, que fué famoso contrabandista hasta qne un día le pegaron un tiro los carabineros, y de resultas quedó con una pierna mas corta que la otra, y después de curado, no quiso volver á meterse en aventuras, vino á Madrid, compró muebles y estableció en Villasanta un comercio que era antes desconocido. Convínose, pues, que el día siguiente se llamaría al señor Lorenzo y con él se ajustaría la adquisición de lo que faltaba para decorar la casa.

Pero no fué esta en verdad la primera contrariedad, fué la segunda; la primera la proporcionaron á la estimable familia las dos domésticas que D. Serafin había dejado ajustadas. Entre las dos habían aderezado y compuesto la comida, y muy ufanas la presentaron en la mesa, esperando que los amos quedarían asombrados de tanta habilidad, y de seguro confesarían no haber comido jamás tan ricamente como el primer día de su estancia en Villasanta.

Sin embargo doña Francisca, que tenía sus pretensiones de entender en todo lo concerniente al arte culinario, y D. Serafín y las chicas y el chico encontraron la comida detestable, y náuseas sintió doña Francisca solo de ver el lomo frito, nadando en aceite que por el color parecía del velón, y las perdices oliendo á putrefactas.

La dueña de la casa se permitió alguna observación acerca del extraño condimento de aquellos manjares, ofendiendo la susceptibilidad de las dos maritornes, que echaron un hocico de media vara, y una de ellas se atrevió á decir:

—Pues, señora, como en Villasanta se come no se come en parte ninguna, y lo que hoy les hemos puesto á ustedes lo come aquí hasta el rey.

—¡Qué! ¿Está aquí el rey?—preguntó doña Francisca.

—Es un *disir* señora, y mire usted que no por que yo lo diga, pero aquí he guisado yo á las señoras *prensipales* y ninguna ha tenido que decir ni tanto así, y todas las *presonas*, que han comido mis guisos, se han relamido de gusto, sin agraviar á ustedes.

Ya iba á contestar doña Francisca pero don Serafín cortó la cuestión discretamente, manifestando que en cada localidad hay sus usos y costumbres y que toda la comida era en efecto superior, pero estando él y su familia acostumbrados á otra cosa, no les gustaba lo que les habían ofrecido las excelentes cocineras. Fácil era el remedio, él, su mujer y sus hijos irían acostumbrándose á los guisos de Villasanta, y las criadas aprenderían á hacer lo que les enseñaría en algunas lecciones la inteligente doña Francisca. De esta suerte, se adoptaría lo más selecto de la cocina madrileña y de la cocina de Villasanta, y el resultado sería que en ninguna

parte del mundo se comería mejor, y las dos criadas vendrían á ser las más perfectas cocineras de la ciudad y de la provincia.

Todas las familias principales enviaron á preguntar si habían llegado buenos D. Serafín y familia, y todas anunciaron su visita para el día siguiente, porque, habiendo llegado tarde los forasteros, no les quedaba en el primer día tiempo más que para descansar, y toda visita de cumplido hubiera sido importuna, por donde se persuadió la honesta familia de que la gente de Villasanta era muy discreta y considerada.

Llegó la noche, y entonces advirtieron doña Francisca y todos que para alumbrar aquellas habitaciones no bastaba un par de quinqués de petróleo. Era preciso colocar buen número de luces en salones y galerías, á no ser que al oscurecer se cerrase la puerta de la casa y toda la familia se reuniera en una sola habitación.

Este era un gasto que no había previsto don Serafín, pero absolutamente necesario: pues de otra manera el antiguo palacio ofrecería un siniestro y medroso aspecto, en llegando la noche.

De este y otros detalles se trataría en los siguientes días; todo no había de hacerse en los primeros momentos.

Era tarde y convenía reposar.

Cada una de las niñas tomó una vela, otra tomó el estudiante, y doña Francisca y D. Serafín se arreglaron una lamparilla que ardiera to-

da la noche en la sala inmediata á la alcoba que habían elegido para los dos; porque es de saber que D. Serafín y doña Francisca dormían juntos en el mismo lecho.

La alcoba era bastante grande, pero la sala donde estaba la alcoba, era grandísima, era una sala por la que, decía doña Francisca, podían correr caballos.

—¿Sabes, hijo, que da miedo esta casa?...—dijo á su marido.

—Te parece porque no estás acostumbrada á dormir en habitaciones tan grandes, pero es más sano que dormir en aquellas alcobas de Madrid, donde jamás entra el aire.

Doña Francisca puso la lamparilla sobre una mesa cerca de la puerta de la alcoba,

—¿Cerramos—preguntó—la puerta de la alcoba?...

—Como quieras.

Cerró la puerta, que era de cristales, es decir, de vidrios desiguales, cada uno de su tamaño y de su color.

—¿Sabes Serafín—añadió—que esta casa está muy mal de cerraduras y llaves?... Mañana tienes que llamar al cerrajero.

—Ya te he dicho que en Villasanta no hay cuidado. No se sabe aquí lo que es un robo.

—Rezaremos y á dormir.

No habían terminado el primer Padre nuestro cuando oyeron aullidos lastimeros.

—¡Serafín!—exclamó doña Francisca,—¿oyes esos aullidos?

—Sí, mujer.

—Alguien se va á morir.

—Todos.

—¿Cómo todos?...

—Claro, todos nos vamos á morir, unos antes y otros después. Padre nuestro que estás en los cielos...

A los aullidos del mastín se unieron los rebuznos de un jumento alborotador, pero unos rebuznos tristes, angustiosos, prolongados, que sonaban como eco fatídico y siniestro, en medio del silencio de la noche.

—Serafín, ¡por Dios!...—murmuró doña Francisca alarmada.

—No hagas caso. Es un burro.

—¡Jesús! tengo un miedo.

—¡Vaya! ¡vaya! no seas niña. A dormir.

Algunos veinte minutos estuvieron los esposos tranquilos, D. Serafín casi dormido, y doña Francisca con los ojos muy abiertos. Pero de pronto despertóse el jubilado á quién su mujer acababa de llamar diciéndole al oído con angustioso acento:

—Serafín, por María Santísima, despierta.

—¿Qué es eso?...—preguntó sobresaltado.

—En la sala hay gente, Serafín ¡La Virgen nos favorezca!

—¿Qué ha de haber?...

Y no terminó la frase D. Serafín, porque efectivamente, en el mismo instante sonó un golpe en los cristales de la puerta.

—¡Caracoles!—dijo.

—¡Ay! Serafín, aquí nos degüellan á todos esta noche.

—Será... el viento—murmuró el jubilado, más muerto que vivo.

—¿Serán los espíritus?... Puede que tenga razón don Mateo, que tanto se enfadaba porque tú no creías en los espíritus.

Otro golpe en los cristales.

—¡Por Dios, Serafín! levántate.

—¿Para qué?

—Para... ¡Jesús, María y José!... Yo estoy temblando.

—Voy, voy á levantarme... Debe ser el viento.

Otro golpe en los cristales,

—No, ¡por Dios! no te levantes—murmuró doña Francisca, yo no me quedo aquí sola.

Doña Francisca en medio del terror que la embargaba, tuvo una gran idea.

Ahuecando la voz, preguntó á su marido:

—¿Has cogido las pistolas?

—¿Qué pistolas?...

—¡Por María Santísima!—dijo doña Francisca al oído del jubilado,—¡si lo digo para asustar á los ladrones!

—¡Ah!... Sí,—exclamó D. Serafín, alzando la voz,—y al que dé un paso le abraso!

Y al mismo tiempo, se oyó caer algo, y desapareció la ténue claridad que esparcía la lamparilla en la sala. La oscuridad fué completa.

—¡Muertos somos, Serafín!

Y se abrazó fuertemente doña Francisca á su marido.

Pero ya no se oyó ningún ruido.

—¡Han huído!—dijo Doña Francisca, al cabo de diez minutos.

—Me han cogido miedo,—observó D. Serafín.

—¡Dios mío! pero ¿y las niñas y el chico?... ¿qué será de ellos, si los ladrones van á aquellas habitaciones?

Oyóse una detonación espantosa, que á doña Francisca le pareció como un cañonazo, y luego gritos angustiosos de «¡Favor! ¡Socorro! ¡Papá!...» Los atribulados padres reconocieron la voz de sus hijas.

—¡Virgen Santísima! ¡Las niñas!

Y la madre se arrojó de la cama, y ya, sin miedo, cogiendo de sobre la mesa la caja de fósforos, salió á la sala y corrió hacia donde creía que estaban sus hijas.

El amor maternal prestaba en aquel momento singular energía á la medrosa mujer. Para alumbrarse encendía fósforos, y al salir á la galería, que era preciso recorrer para llegar á las habitaciones de las chicas, vió con espanto, allá en el otro extremo de la galería, surgir otra luz que brilló un momento, y luégo todo quedó en

tinieblas, porque á doña Francisca se le apagó el fósforo y se le cayó la cajilla.

—¡Francisca! ¡Francisca!—gritaba D. Serafín, que había querido seguir á su mujer, y á oscuras no sabía por dónde iba, y en vez de dirigirse al interior de la casa, se dirigía á una de las enormes ventanas del salón.

Doña Francisca, que había cobrado ánimo, oyendo la voz de su marido, gritó también!

—¡Serafín! ¡Favor! ¡Que nos matan!...

Y luego, los esposos, las chicas y el futuro diputado, gritaron con voces de alarma y angustia.

Y no se atrevían á moverse.

A los gritos de la familia atribulada, contestaron con desaforados ladridos los perros de los corrales inmediatos.

Y en el punto mismo sonaron fuertes aldabonazos en la puerta de la casa feudal, aldabonazos que el eco repetía lúgubremente.

—Esto es horrible,—pensaba D. Serafín, que por más vueltas que daba no daba con la puerta de salida de la sala, y volvía siempre á la ventana, cuyas enormes puertas de madera tallada al fin pudo abrir.

La noche estaba como boca de lobo.

Pegó el rostro á los vidrios, miró profundamente, y no vió nada; pero oyó que hablaban en la calle.

No podía entender lo que hablaban, porque los ladridos y las voces le impedían oir.

Sonaron más aldabonazos, y silbidos prolongados, que debían ser señales de los facinerosos que estaban, sin duda, dentro y fuera de la casa.

Y D. Serafín vió en la oscuridad brillar algunas luces que iban y venían; pero no se alejaban de frente de su palacio.

Una idea luminosa le ocurrió.

En Villasanta había serenos; las luces que veía eran las de los farolillos de los serenos.

Y abrió las puertas de cristales de la alta reja, y asiéndose á los hierros, exclamó:

—¡Amigos!...

—¿Quién va?—gritó un sereno, viendo aquella figura blanca en la reja, y como si temiera que por entre los hierros iba á lanzarse á la calle.

—¿Son ustedes serenos?...—preguntó el aturdido D. Serafín á los tres de los farolillos.

—*Pá* servir á Dios y á *ustez*,—dijo uno de ellos—¿qué les pasa á ustedes?...

—No sé, buen hombre; pero no se vayan ustedes. Debe haber gente extraña en la casa.

—Hemos oído un tiro y voces.

—Y yo no sé qué ha sido de mi mujer y mis hijas y mi hijo. Todos, acaso, han muerto. Ya no se oye nada.

—¿Quiere usted que avisemos al señor juez?... —preguntó otro de los serenos.

—¿Y al capitán de la guardia?—añadió otro.

Don Serafín, en esto, oyó la voz de su mujer que le llamaba desde dentro, y se apartó de la reja, á tiempo que ya doña Francisca, habiendo encontrado al fin la caja de fósforos que se le cayó de la mano, entraba en la sala toda temblando de miedo.

Una y otro cobraron ánimo al encontrarse; don Serafín tomó la caja de fósforos, encendió dos velas, dió una á su mujer, y llevando él otra en la siniestra mano, y en la derecha un bastón que había sido de estoque y ya era sólo una caña hueca, emprendieron el registro de la casa para averiguar la horrible realidad.

Salieron á la galería, y llegaron á las habitaciones que ocupaban las chicas; la puerta estaba cerraba, llamaron y nadie contestaba.

Doña Francisca temblaba, y no se atrevía á preguntar á su marido.

—¡Luisa!—exclamó D. Serafín.—¿Estáis ahí?... ¿Os han robado?... ¿Os han muerto?... ¡Abrid, si podéis!... somos nosotros... vuestros amantísimos padres...

Y al otro lado de la puerta se oyó ruido como de mover muebles, como si cayeran sillas al suelo.

—¡María Santísima!—exclamó D. Serafín,—¿quién está ahí dentro?...

—¡Dios mío!—murmuraba doña Francisca,—¡esto es horrible!

Y cuando eran ambos presa de una emoción

que no puede explicarse, delante de aquella puerta cerrada, otra impresión más violenta vino á llenarles de espanto.

Su hijo, el futuro diputado ministerial por Villasanta, porque D. Serafín quería que su hijo siempre fuera ministerial, en siendo diputado, venía de allá dentro huyendo como si le persiguieran, y traía heridas en el rostro; heridas leves, pues consistían en profundos arañazos, pero que asustaron grandemente á los atribulados padres, al notar con horror la sangre que le brotaban.

—¡Jesús! ¡yo muero!—exclamó doña Francisca, ni más ni menos que una dama de comedia.

Oyóse un portazo y correr cerrojos y dar vuelta á una llave.

Don Serafín pidió explicaciones al muchacho, que le dió la siguiente:

—Oyendo ruido me levanté y salí del cuarto con luz, y en esa galería ví allá al otro extremo otra luz; la mía se me cayó, la otra se apagó también, y queriendo, en la oscuridad, volver á mi cuarto, me entré no se dónde y... los gatos me han puesto como están ustedes viendo.

—¿Los gatos?—preguntó con extrañeza doña Francisca.

—Sí, señora; los gatos han armado esta noche un estruendo atroz.

—¡Y han disparado un tiro!—añadió D. Serafín.

Abrióse la puerta de la habitación de las muchachas, y aparecieron éstas envueltas en los cobertores de sus lechos. Habían oído el ruido, habían dado voces, y como nadie acudiera, se les ocurrió fortificar la entrada; poniendo delante de la puerta un sofá, una mesa, sillas y hasta los colchones.

Todos, menos el futuro legislador, dirigiéronse al salón principal á esperar allí reunidos que acabase de amanecer. El muchacho se encerró en su cuarto, sin permitir que su madre le rociara con árnica la cara, que tan mal tratada había sido por los gatos, bien que doña Francisca creyó, luego que se hubo tranquilizado, que los arañazos que ostentaba su hijo más parecían de gatas que de gatos.

Reunidos en el salón el matrimonio y las dos chicas, y puestas las velas en los candeleros, doña Francisca lanzó un chillido que puso en punta los escasos pelos de su esposo.

—¡Mirad! ¡Mirad!—exclamó con espanto, señalando al techo.

Miraron las chicas y chillaron también, como la madre; miró D. Serafín, y quedó estupefacto.

Revoloteaban por el salón, tropezando en las molduras del antiguo y casi destruído artesonado, unos pajarracos, que doña Francisca creía buitres carnívoros ó terribles águilas.

—¡Válgame San Caralampio!—exclamó don Serafín,—esta casa es una ganga. No os asus-

téis, por Dios.—Y con el bastón, que aún conservaba en la mano, comenzó á dar golpes al aire; con lo cual los murciélagos, que murciélagos eran alevosos, huyeron asustados y se guarecieron en el techo, mientras el jubilado se cansaba de sacudir una gran paliza á la atmósfera, hasta cansarse el brazo.

Las mujeres no esperaron allí el resultado del procedimiento que empleaba el jefe de la familia, y se encerraron en la alcoba.

Poco después vino la clara luz del día; don Serafín soltó el palo, abrió las ventanas, y cayó rendido en un sillón, rodeándole luego toda la familia.

Y no tardó mucho en saberse que los golpes y carreras que habían oído las chicas debían atribuirse á los gatos que entraban en un palomar, situado encima de sus habitaciones; que el tiro le disparó un vecino á un gato enorme que se le había entrado en el gallinero, inmediato al corral del palacio de D. Serafín, y que los que daban golpes en los cristales de la puerta de la alcoba del matrimonio y apagaron la lamparilla de la sala, no eran trasgos ni fantasmas, sino sencillamente los murciélagos que anidaban en la techumbre del vasto salón de honor de la mansión solariega de los Buenos.

Lo que no se justificó tan fácilmente fué el origen del mapa-mundi que hicieron los gatos en la cara al espigado hijo de doña Francisca.

Esta, que algo adivinó con su maternal instinto, creyó prudente no hablar del suceso, y las dos criadas, que sabían algo más que doña Francisca, se callaron también como unas prudentísimas mujeres que eran.

V

Tipos de Villasanta.

En todas las casas de Villasanta no se habló de otra cosa que del alboroto habido en la de D. Serafín aquella noche, y el suceso se aumentó y exageró de tal manera, que todo el mundo entró en gran curiosidad, estimulada por los que daban la noticia, asegurando que en una de las rejas se había visto á un hombre desnudo, á quien zurraban otros, que hacia el interior de la casa habían interrumpido el silencio de la noche terribles alaridos como de brujas, y otros dislates por el estilo.

El primero que se presentó á las cinco y media fué el juez municipal, que suplía al de primera instancia, ausente á la sazón.

Por los serenos y por la voz pública había sabido que algo extraordinario ocurría en la casa del nuevo respetable vecino de Villasanta, y

acudía, como amigo y como autoridad, á enterarse del suceso.

Doña Francisca le contó lo ocurrido, que todo era muy natural, excepto los arañazos de los gatos á su hijo, y el juez se tranquilizó, bien que advirtió en D. Serafín, su mujer y las chicas, cierto azoramiento y cierta inquietud que le chocaron infinitamente, porque no comprendía que en población tan pacífica y tranquila como Villasanta pudiera nadie estar azorado ni inquieto.

La aristocracia de la ciudad visitó á la familia del jubilado el día siguiente al de su llegada; allí no se llamaba aristócrata solamente á la familia que se ufanaba con un título ó rótulo de Castilla, más ó menos ignorado, sino á toda familia que gozaba buena posición, aunque fuera de origen obscuro, ó hubiese logrado la fortuna por medios poco lucidos en puridad. Así llamaban familia aristocrática á la de un D. Policarpo Garabato, cuyo abuelo era fama que había salido al camino á desbalijar á los pasajeros, viéndose en grave peligro de que le apretaran el pescuezo, de lo que pudo librarse, merced á algún talego de onzas bien repartido; pero si el abuelo fué un salteador, en cambio el nieto es una persona bien mirada, que ni sale al camino, ni tuvo nunca que ver con la justicia, á no ser para que ésta le ayudase á cobrar cantidades que él antes había prestado á labradores y tra-

ficantes, con el módico interés de un sesenta ú ochenta por ciento, medio más cómodo y más expedito de hacer dinero que el que empleó con éxito el abuelo. Y muchísimo más dinero hubiera hecho seguramente el bueno de D. Policarpo, si no hubiese habido en la ciudad muchos otros sujetos dedicados á la misma industria, es decir, á la usura, pero á la usura en gran escala, que es una especie de pulpo que, en apoderándose de un infeliz, le aprieta hasta estrujarle. Pero ninguno tan experto como el nieto del salteador para dejar sin una peseta al labrador que acudía á su munificencia en año de mala cosecha. Remediábale, por de pronto, pero las escrituras de depósito, los pactos de retro, pactos con el demonio, que dijo el inolvidable Ayala, llevaban al incauto á los tribunales y á la miseria á poco que se descuidara, quedándose D. Policarpo tan tranquilo, haciéndose de las mejores fincas del término, y amontonando onzas en sus arcas para seguir socorriendo de igual suerte á los necesitados.

Este bienhechor, con su mujer y sus dos hijas, que parecían más viejas que su madre, fué el primero que se presentó á visitar á la familia recién llegada y á ofrecerle sus servicios en todo, frase que le repitió cincuenta veces el D. Policarpo y otras tantas la prestamista, que no hablaba más que para repetir lo que decía su marido, con lo que bien puede figurarse el lec-

tor discreto lo amena que sería una conversación con el marido cuando estaba presente la mujer.

Estando todavía de visita la familia de don Policarpo, entró aparatosamente el marqués de Casa-Gómez con sus tres hijas. Este marqués era un hombre largo, derecho, correcto, que no movía el cuello, que hablaba pausadamente y con gran afectación, grandemente versado en materias diplomáticas, y que siempre tenía la vista fija en Rusia y en Inglaterra, augurando siempre los sucesos políticos, luego que se habían realizado. Por ejemplo: cuando estalló la guerra entre Francia y Prusia, el marqués de Casa-Gómez dijo en el casino que ya había él pronosticado que la guerra era inevitable, y cuando se recibía la noticia de las derrotas sufridas por el ejército francés, siempre afirmaba que, siguiendo en su casa, en el mapa, la marcha de los ejércitos, había visto claramente que los franceses iban á llevar una zurra tremenda. Era un tipo ridículo, y el cacique más odioso de cuantos hubo, hay y habrá en esta tierra de España. Era el marqués quien indicaba los nombres de los que habían de ser elegidos concejales, el que repartía como pan bendito los nombramientos de vocales de las juntas de Instrucción pública, de Beneficencia, de Sanidad, de Monumentos históricos, de Pósitos, de todo, en fin, y en las elecciones de diputados y de

senadores se excedía á sí mismo preparando el terreno al candidato amigo y minándosele al contrario, dándose tal traza, que, aunque cambiase la situación política, la suya no cambiaba; de suerte que su influencia prevalecía lo mismo en tiempo de los moderados que cuando los progresistas gobernaban ó cuando la revolución triunfante todo lo echaba patas arriba.

Los que le habían visto entusiasta de los suaves procedimientos del insigne general Narvaez para reprimir sediciones, viéronle luego esparterista decidido y jefe de la milicia nacional de Villasanta, y aun volvió después á ser moderado por los años 1867 y 68 hasta la revolución de Septiembre, que fué Presidente del comité revolucionario y de la junta de armamento y defensa, y más tarde, en 1873, no le impidió su título de Castilla ponderar en el casino las excelencias de la República, cuyo advenimiento dijo haber pronosticado muchos años hacía. Y si alguna vez el cura de Santa Coleta, que es el único á quien permite el marqués ciertas libertades, le reprocha sus cambios de postura y de principios políticos, el estirado, almidonado y estrambótico personaje le contesta invariablemente: —«Padre, usted es un santo, pero no sabe lo que es la diplomacia.» Y lo cierto es que el sistema de Casa-Gómez es sumamente útil para él; de esta suerte ha logrado en los ministerios que se le reconozcan créditos de legitimi-

dad problemática, ha colocado á sus dos hijos, y los senadores y diputados de la provincia se le muestran propicios á apoyar siempre sus reclamaciones de gastos hechos, según él, por sus antepasados en tiempo de Carlos I, con lo cual ha sacado sumas de consideración.

Un diplomático de su altura, seis pies y algunas pulgadas, no podía menos de adornar su pecho con las más estimadas condecoraciones, y así en toda procesión, fiesta oficial y apertura del Instituto ó de alguna escuela, se presenta el hombre con la banda de Isabel la Católica, la cruz sencilla de Carlos III, la del Mérito Militar, la del Naval y la de Cristo de Portugal, y su más profunda preocupación es cómo podrá alcanzar una condecoración, por lo menos, de cada una de las naciones que componen este pícaro mundo. Sería feliz si pudiera colgarse un colmillo de elefante.

Las hijas del marqués son el principal ornamento de Villasanta. Una toca el piano, otra canta en italiano, en español, en caló y en latín, bien que esta lengua muerta sólo la usa en funciones de iglesia, y la tercera despunta por la literatura, habiendo perpetrado ya algunos sonetos con alevosía y ensañamiento, contra su padre en los días de éste, contra algunos santos en los días de la respectiva fiesta, y contra todo lo divino y lo humano. El padre tiene el proyecto de pedir á los senadores y diputados

de la provincia que soliciten de las Cortes una ley concediendo una pensión nacional á la poetisa, y disponiendo la impresión de los sonetos por cuenta del Estado. Y es capaz de conseguirlo. Las tres chicas, que no son chicas porque la menor tiene veintitrés años, son muy elegantes, se visten en París, es decir, que de París les traen todo lo que constituye su ajuar, y miran con desdén á las demás que no se visten tan lejos, y, por consiguiente, no son tan elegantes. También les envían de París las composiciones químicas con que se blanquean la piel, que, á las veces, cuando entran en el baile del casino, parece propiamente que vienen de un molino harinero. Las tres han estado á punto de casarse, pero no se han casado. Una se quedó con la ropa hecha, otra se libró providencialmente de una gran desventura, sabiendo á tiempo que su prometido, un americano, estaba casado con una mejicana pobre, que la había dejado en Méjico hacía seis años, diciéndole que volvería, y no volvió, y la tercera, la poetisa, tenía concertado escaparse con un sobrino de D. Policarpo, y no se escapó, gracias á que, entendiendo la trama el padre del raptor, arrimó á éste una paliza y le facturó luego para Madrid, donde, al fin, se escapó con él la hija de su patrona, una bienhechora de la humanidad pobre, pues admitía huéspedes á ocho reales con principio, y raro era el que le pagaba.

El marqués no desconfía de que sus hijas se casen con grandes de España ó embajadores; ellas sí que empiezan á desconfiar.

Iban á despedirse ya el prestamista, su mujer é hijas, y el marqués y las suyas, cuando penetraron en el salón las del Senador, otras notabilidades de Villasanta, y ya no se despidieron las familias citadas. Las del marqués y las del Senador (q. e. p. d.) no corrían bien, es decir, que no se podían ver ni pintadas, y eso que todas estaban pintadas siempre. Las últimas presumían de más elegantes que las primeras, aunque para surtirse de trajes no pasaban de Bayona, adonde van todos los años un par de días durante la temporada de baños, que toman en la capital de Guipúzcoa, donde las conocen todas las pupileras, pues regularmente los quince días que dura su permanencia en aquella ciudad, habitan en diez casas distintas, y salen riñendo con las diez pupileras. La viuda del Senador tiene una fama terrible; todo el mundo en Villasanta le atribuye haber indispuesto matrimonios, desviando del camino recto y seguro de la dicha conyugal á algunos maridos buenos mozos, y también la culpa de la perdición de un capitán de caballería que, por ella, se batió en duelo con un amigo y compañero de armas que, rompiéndole de un balazo el brazo derecho, le dejó inútil para el servicio.

Las del Senador tienen tertulia diaria con juego de lotería, y de las ganancias se hace un fondo para costear un día de gira en el Encinar cuando se ha reunido lo suficiente, y en estas giras ocurren siempre peripecias desagradables que dan por resultado que se rompan las relaciones entre algunas familias, bien que pasado algún tiempo, vuelven á hacer las amistades para deshacerlas después. En fin, la viuda del Senador, según dicen los que la tratan con cierta indulgencia, es el demonio, y sus cuñadas le tienen dentro del cuerpo, y cortan un pelo en el aire, y todas tres son capaces de sacar los dientes á un ahorcado, siendo extremadas en cuentos y enredos, de tal suerte que se las considera origen de todas las desavenencias que existen en lo que se llama la aristocracia de Villasanta.

Preséntase luego el coronel Rebenque y su mujer la polaca, una mujer que lleva siempre un perro en brazos y otro trincado con un cordón, y duerme con los dos, y tiene un cerdo de diez años que va tras ella como un faldero, agradecido á que su ama le ha librado de la suerte de los de su clase, empeñándose en que muera de muerte natural. El coronel se ha acostumbrado á los gustos de su mujer, ha tomado afición á los animales, y su casa la tiene llena de ellos, y el prógimo que se arriesga á visitar al coronel, corre el peligro de que un mastín le

muerda, de que un carnero terrible le embista, de que un gatazo enorme le saque los ojos y de que un mono muy travieso le haga víctima de alguna travesura, quitándole la peluca, si la usa, ó el sombrero para tirárselo al pozo.

Estas y otras visitas entretuvieron todo el día á la familia de D. Serafín, aturdiendo á éste y á su mujer, contando la historia pública y privada de todas las gentes de Villasanta, haciendo galantes ofrecimientos y las más capciosas preguntas y suposiciones sobre la resolución de retirarse á una ciudad de tan poca importancia como Villasanta, cuando las dos hermosas hijas del feliz matrimonio serían en Madrid el encanto de teatros, paseos y salones.

En resumen, ni á D. Serafín, ni á doña Francisca, ni á las chicas les gustó gran cosa el personal aristocrático de Villasanta, ni la familia del jubilado tuvo la suerte de agradar á las personas que la visitaron.

—Esta familia tiene sombra—dijo el marqués de Casa Gómez;—desde que conocí yo á don Serafín, pensé, no sé por qué, pues no tenía ningún motivo, pensé, repito, que era un hombre misterioso. Y en efecto, en esa familia hay misterio.

Bastó esta observación de un hombre tan perspicaz como el diplomático para que todo el mundo conviniese en que aquella familia no habría ído á Villasanta por el sencillo placer de

gozar vida retirada y tranquila, sino por algún poderoso motivo que la obligaba á alejarse de la corte.

Habían notado tanto el prestamista como el marqués, como la del Senador, que D. Serafín y su mujer parecían inquietos, fatigados, algo distraídos y preocupados, y que las chicas mostraban cierto aire de indiferencia, así como si tuvieran el pensamiento en otras cosas que en las que les referían sus nuevos convecinos. Y en verdad toda aquella apariencia de fatiga no tenía otro origen que el insomnio y las emociones de la tenebrosa noche anterior.

VI

La calumnia.

Hacía más de un mes que había llegado á Villasanta la familia de Bueno y Malo. Un día D. Serafín quiso tener más luz en una habitación, donde, desde no se sabe cuándo, había una ventana tapiada y cubierto el hueco por la parte interior con un armarito. Don Serafín arrancó el armarito y comenzó luego á abrir el hueco, quitando los ladrillos, y ¡oh prodigio!, entre los ladrillos cayeron al suelo monedas de oro, onzas, medias onzas, ochentines, con asombro del jubilado, á quien faltó poco para desmayarse en aquel punto, y por si era ilusión de sus sentidos, aunque cogía y palpaba las monedas, llamó presuroso á doña Francisca, que también tuvo que apoyarse en la pared para no caer desvanecida sobre aquel inesperado tesoro.

Había allí unos quince mil duros en monedas

de oro, perfectamente colocadas entre los dobles ladrillos con que se había cerrado la ventana.

Don Serafín y doña Francisca sintieron alegría ante aquel espectáculo, pero una alegría penosa, por decirlo así, no la alegría bienhechora que produce una gran satisfacción recibida, sino una alegría mezclada de zozobra y de inquietud, como si aquel dinero no fuese legítimamente del dueño de la casa. Por la fecha de las monedas, aquella suma estaba allí desde fines del siglo anterior y debió pertenecer á un ascendiente de D. Serafín, de quien éste sabía que fué un gran avaro, que murió solo, repentinamente, estando sus hijos ausentes en la corte.

Era, pues, evidente que aquel dinero no tenía otro dueño que D. Serafín.

Doña Francisca, que era menos pusilánime, trató en vano de calmar la asustadiza conciencia de su marido, haciéndole las más preciosas reflexiones á fin de que no tuviera escrúpulo ninguno en recoger aquella gloria de dinero, y guardarlo en la gaveta, pero D. Serafín, el pobre hombre, no creyó poder tranquilizarse si no hacía público su hallazgo, y tomaba consejo y oía el parecer de las personas discretas y desinteresadas en el asunto. Y sin decir nada á su mujer, el día siguiente al del hallazgo, salió, fué al casino, y tomando asiento delante de la

mesa en que él y otros amigos solían tomar café diariamente, contó de la manera más sencilla lo que le había ocurrido.

Los amigos, que eran el marqués de Casa-Gómez, el coronel Rebenque y el prestamista don Policarpo, miraron á D. Serafín. El D. Policarpo no pudo disimular su envidia; el marqués de Casa-Gómez exclamó: — ¡Ya decía yo que usted no venía á Villasanta á humo de pajas! — Y el coronel Rebenque, encarándose con don Serafín, le dijo: — Mire usted, D. Serafín, aquí ya estamos al cabo de la calle: nadie le dice á usted nada, nadie le pide tampoco, y nadie le ha preguntado cómo diablos ha podido usted hacer ese capitalazo que posee, á pesar de tener tres hijos, de haber vivido en Madrid siempre, y de no haberle caído el premio grande de la lotería. ¿A qué nos viene usted ahora con ese cuento del hallazgo de las monedas de oro entre los ladrillos de la ventana? Para justificar así su fortuna, ¿no es verdad?

Don Serafín sintió que la sangre le subía á la garganta y le ahogaba.

— ¿Cree usted que miento? — preguntó al marido de la polaca, casi sin poder articular las palabras.

— ¡Hombre! — repuso groseramente Rebenque — á ningún hombre le gusta que se le crea capaz de mamarse el dedo, y usted nos toma por tontos, me parece.

—Vamos—dijo el marqués con tono conciliador,—la cosa no vale la pena de que dos amigos como ustedes vayan á reñir. D. Serafín sabe, sin duda, es claro que lo sabrá, que la gente murmura que tiene el riñón bien cubierto, y que atribuye el origen de su fortuna...

—¿A qué?—preguntó con ansiedad el jubilado.

—Pues hombre, á los negocios que ha hecho usted en su larga carrera de empleado.

—¡Jesús! ¿Yo negocios?...—exclamó con espanto el bueno de D. Serafín.

—¡Caracoles!—dijo Rebenque,—¿por ventura es usted el primero que los hace, utilizando su posición oficial?... Si eso ya no extraña á nadie. Y ha hecho usted bien ¡voto al demonio! haciéndolos con tal habilidad que no se le ha podido probar el gatuperio.

Don Serafín clavó los ojos en el retirado, y cogiendo de sobre la mesa el vaso en que había tomado el café el prestamista, lanzóle al rostro de aquél, exclamando:

—¡Miserable! ¡Miserable calumniador!

Rebenque se levantó, extendió los brazos y cayó sobre la mesa con gran estrépito. El golpe le había quitado el sentido, y el cristal le había abierto la frente.

Camareros y socios del casino cogieron á don Serafín, que intentaba romper otro vaso sobre el cráneo del retirado, mientras otros acudían á recoger á éste.

El juez, que allí se hallaba, detuvo á D. Serafín; el médico acudió al coronel, y del casino salieron dos ó tres sujetos á llevar la noticia de tan grave suceso á todas partes, pronunciándose unánime la opinión contra D. Serafín.

El marqués de Casa-Gómez decía á todo el que le hablaba del suceso:

—Yo tenía previsto que ese hombre nos daría un disgusto.

Habiendo declarado el médico que el coronel Rebenque sanaría de su herida, el juez dejó en libertad á D. Serafín, mediante la obligación de no salir de la ciudad.

¿Cómo había de salir el infeliz?

Postrado cayó en el lecho con todos los síntomas de congestión cerebral, y dos días estuvo el desgraciado sin cesar el delirio y la angustia de una penosísima agonía.

En brazos de doña Francisca, y al lado de sus hijos, espiró el sin ventura, el que había sido toda su vida hombre intachable, empleado íntegro y celoso y amantísimo padre de familia.

La calumnia le había elegido para su víctima y un soplo de la calumnia le mató.

Ignorando lo que de él se decía en Madrid, desde que doña Francisca circuló aquellas malditas tarjetas en que la familia se despedía para sus posesiones, fué el pobre hombre á buscar reposo en la ciudad, aparentemente tranquila, y en realidad, un infierno de odios, envi-

dias, rencores y todo linaje de malas pasiones; y la calumnia, que no deja de perseguir á sus víctimas hasta destruirlas, siguióle hasta allí.

A los pocos días de llegar á Villasanta la honrada familia, uno de los hijos del marqués de Casa-Gómez llegó de Madrid, donde estaba empleado, y fué el instrumento de que se valió la calumnia. Dijo sencillamente lo que había oído á personas de Madrid sobre la habilidad burocrática de D. Serafín, y la maravillosa maña que se había dado para llenarse de dinero, logrado, á no dudar, ilegítimamente, y de seguro, con grave daño del Estado, y sobre todo para lograrlo por tan diestro modo que no había habido medio de probar ninguno de los grandes *chanchullos* que habría hecho en su dilatada carrera.

. . . . . .

Doña Francisca y sus hijos no quisieron vivir más tiempo en aquella ciudad, y pasados nueve días después de la muerte del desgraciado don Serafín, cerraron la casa y volvieron á Madrid, donde viven recordando siempre al que, por bueno y honrado, mejor premio merecía que el que suele otorgar el mundo á los que tienen esas cualidades, unidas á la modestia y á la humildad.

La afligida viuda no se consuela nunca de haber cedido á la pueril vanidad de darse apariencias de persona de buena y holgada posición.

La casa feudal de Villasanta no la han querido alquilar los herederos de D. Serafín. El prestamista D. Policarpo ha pretendido comprarla con intención de registrar ladrillo por ladrillo y piedra por piedra, porque D. Policarpo, más perspicaz que todos sus convecinos, creyó real y efectivo el hallazgo que empezó á contar don Serafín en el casino. Casa-Gómez, dice que él siempre dijo que D. Serafín no sabía donde se había metido, y tiene razón.

La viuda del Senador se ha casado con un escribiente del Ayuntamiento y ha reñido con sus cuñadas, y las hijas del marqués, que no ven llegar los tres grandes de España que su padre les ha prometido, y piden en sus cortas oraciones que se les presenten á la mayor brevedad, aunque no sean grandes, los tres maridos que necesitan, uno para cada una, se entiende.

UN PREMIO DE LA LOTERÍA

Hace algunos años, la Marquesa de M... tuvo la feliz ocurrencia de comprar un billete de la lotería de Navidad, dando participación en la jugada á todos sus criados y dependientes, que son muchos en Madrid, donde tiene su residencia, y en varios pueblos donde posee fincas de importancia.

El número fué el agraciado con el segundo premio, y todos bendijeron la buena mano de la Marquesa al recibir la no despreciable cantidad que á cada cual correspondía.

Desde entonces la Marquesa compró cada año para el sorteo de Navidad un billete, dando parte en él á todos los que comen el pan de su casa. No le ha vuelto á tocar ningún premio grande,—pero el año que viene será, dice la Marquesa,—viendo defraudada su esperanza, y ya no vuelve á acordarse de la lotería hasta el venidero mes de Diciembre.

Hace tres ó cuatro años, el 15 de Diciembre, hallábame yo en casa de la Marquesa, que acababa de recibir el billete mandado comprar con igual destino que los años anteriores.

Y decía á su mayordomo:

—Eusebio, escriba usted hoy á todos los dependientes de casa, para que sepan que llevan parte en el núm. 10.600 de la lotería de Navidad, y que entre todos se distribuirá el premio que se logre, si se logra.

—Bien, señora Marquesa. Lo haré como todos los años.

—¿Ya lo habrá dicho usted en casa á todos?...

—Sí, señora; pero me ha ocurrido una cosa más rara...

—¿Qué?... Digo, si se puede saber.

—Sí, señora. Esa costurera que, por haber muerto la que tantos años ha servido á V. E. se ha encargado hace poco del repaso de la ropa, me ha dicho que de ninguna manera quiere que se le dé parte en el billete de la lotería.

—Pero, ¿le ha dicho usted que es un regalo que yo hago á todos los que me sirven?...

—Sí, señora, y se lo han dicho las doncellas y la planchadora, y ha insistido en que prefiere dejar la casa y perder el trabajo á que se le dé participación en la jugada.

—Es raro, en efecto, lo que me cuenta usted.

—Pues hay más, señora.

—¿Más todavía?

—Sí, señora. Las muchachas la han tomado con ella, se han burlado de su capricho, y la buena mujer se ha afligido de tal suerte, que llorando la acabo de ver, como si le hubiera sucedido la mayor desgracia.

—¡Pobre mujer!

—Las muchachas se han compadecido de ella, y le han hecho mil preguntas y han pretendido consolarla.

—¿Y qué ha dicho?

—«Por lo que más amen en el mundo, les ha dicho, no vuelvan ustedes á hablarme de la lotería. Yo deseo que la suerte favorezca á ustedes, y que Dios premie la caridad de la señora para con sus criados; pero no quiero nada para mí, nada que no sea el producto de mi trabajo.»

—Me interesa mucho lo que me dice usted de esa pobre mujer, y quiero hablar con ella;—dijo la Marquesa—llámela usted.

—Ahora mismo.

Pocos momentos después entraba en el gabinete la costurera.

Era una mujer como de cuarenta años, bella aún, de fisonomía dulce y simpática, y más simpática por el sello de melancolía y sufrimiento que el menos perspicaz habría advertido en ella.

—¿Qué tiene V. E. que mandarme?—preguntó con humildad la costurera.

—Siéntese usted, Margarita; creo que se llama usted Margarita.

—Para servir á V. E.

—No me dé usted tratamiento, Margarita.

—Gracias, señora.

—¿Está usted enferma? ¿Tiene usted algún pesar?...

—¡Ay! sí, señora,—contestó Margarita con un acento verdaderamente conmovedor.

—¿Y puedo hacer algo por aliviar el sufrimiento de usted?...

—No, señora, nada.

—Me gusta hacer bien, Margarita, sobre todo á personas de quienes tengo los buenos antecedentes que de usted; sé que es usted muy honrada, que mantiene á sus ancianos padres imposibilitados, que trabaja usted mucho, y que, siendo buena y hermosa, no se ha casado, acaso por no abandonar á sus padres.

—Señora, no merezco las bondades con que usted me favorece.

—Sí, Margarita, y cuente usted con que en mi casa no le faltará nunca trabajo.

—Es un gran beneficio el que usted me hace.

—Pero quiero que usted sea franca conmigo y satisfaga una gran curiosidad que tengo.

—Señora... murmuró la costurera.

—Me ha dicho el mayordomo que habiendo usted sabido que todos los años regalo á mis dependientes un billete de la lotería de Navidad, se niega usted en absoluto á que se le dé, como